

Eliseo Diego y la sabiduría



HERNÁN LAVÍN CERDA

Aquí me tienen, muerto de risa...

Primer verso de *Olmeca*, texto póstumo de Eliseo Diego

Jorge Teillier, el poeta del misterio, me dijo durante el otoño de 1964 en Santiago de Chile, mientras bebía lentamente su cerveza en un vaso de caña alta:

—Si alguna vez viajas a Cuba, pregunta por Eliseo Diego, un espíritu sabio y silencioso. Es un poeta excepcional. En su voz resucita la infancia extraviada para siempre. Habla con él, búscalo, no dejes de verlo. Nicolás Guillén es el poeta más conocido y divulgado, pero Eliseo es la otra voz, la visión más íntima, la épica de la niñez prodigiosa, la voz y la imagen de los mundos interiores, la épica de los dominios perdidos, la épica de los espejos familiares que con dificultad recuerdan el rostro de nuestra infancia. Como yo, Eliseo Diego es un lector muy entusiasta de las novelas *David Copperfield*, de Charles Dickens, *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, y *El gran Meaulnes*, de Alain Fournier. Aún no lo conozco personalmente, pero lo leo y lo voy descubriendo con asombro y devoción. Tuve la fortuna de leer algunos poemas de su libro *En la calzada de Jesús del Monte*, que se editó por primera vez en 1949, y me sentí deslumbrado. Hay algo existencialmente clandestino en la voz de Eliseo: una voz muy sutil, un soplo subterráneo que hace vibrar los vasos comunicantes entre la vida y la muerte. Ahhh el terrible esplendor de estar vivo, dice en uno de sus textos. Si algún día viajas hacia el Caribe y llegas a la isla de Cuba, pregunta por él y no dejes de verlo: búscalo, mi querido Hernán, y que Nicolás o Cintio Vitier te digan cómo encontrarlo.

En julio de 1966 tuve la oportunidad de conocer personalmente a Eliseo Diego en aquella hermosa casa de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Fue un encuentro muy cordial, pero breve. Hablamos de la joven poesía chilena, de Teillier y de su libro *El árbol de la memoria* (“qué bellos, qué profundos poemas, y qué título más afortunado”); de Pablo Neruda y la “Barcarola”, aquel poema de *Residencia en la tierra* (“Si

solamente me tocas el corazón, / si solamente pusieras tu boca en mi corazón, / tu fina boca, tus dientes, / si pusieras tu lengua como una flecha roja / allí donde mi corazón polvoriento golpea, / si soplaras en mi corazón, cerca del mar, llorando...”); de José Lezama Lima y su prestidigitación verbal y maravillosa, y finalmente de Gabriela Mistral, aquel logos umbilical de América, la América más antigua: “He preparado una antología con los textos de esa mujer admirable, que pronto editará la Casa de las Américas.” Recuerdo que Eliseo me dio algunos de sus poemas inéditos para la revista *Orfeo*, que dirigía Jorge Teillier en Santiago de Chile; también me regaló un ejemplar de su libro *Por los extraños pueblos*, que se imprimió en los talleres de Ucar, García, S. A., de La Habana, el 10 de mayo de 1958. La lectura de esta obra fue una revelación para mí, a partir de su “Dedicatoria”—a manera de prólogo—, que sin duda es un arte poética. Quiero reproducir un pasaje de dicha reflexión. Escribe el poeta:

Porque en esto ya no tengo dudas: o un libro es útil o no vale la pena, y cuando decimos que no sirve —¿habrá algo más tremendo?— ya lo decimos todo. ¿Y para qué sirve un libro de poemas?, preguntarían ahora, obedientes, mis hijos. Servirá para atender, les respondería. Maestros mayores les dirán, en palabras más nobles o más bellas, qué es la poesía; básteles entretanto si les enseño que, para mí, es el acto de atender en toda su pureza. Sirvan entonces los poemas para ayudarnos a atender como nos ayudan el silencio o el cariño.

No es por azar que nacemos en un sitio y no en otro, sino para dar testimonio. A lo que Dios me dio en herencia he atendido tan intensamente como pude; a los colores y sombras de mi patria; a las costumbres de sus familias; a la manera en que se dicen las cosas; y a las cosas mismas —oscuras, a veces, y a veces leves. Conmigo se han de acabar estas formas de ver, de escuchar, de sonreír, porque son únicas en cada hombre; y como ninguna de nuestras obras es eterna, o siquiera perfecta, sé que les dejo a lo más un aviso, una invitación a estarse atentos.

A estar, mejor que estuve yo nunca, en lo que Dios nos dio en herencia.

Abandoné la isla del Caribe y regresé a Chile después de un viaje por el centro de Europa. Transcurrieron seis años y volvimos a vernos en La Habana, a principios de 1972. Eliseo Diego se mostró muy preocupado por la situación política de Chile. ¿Qué ocurrirá, finalmente?, me preguntó con una voz pausada. No lo sé, le respondí, confuso: podría suceder cualquier cosa. Todo es allí muy incierto. Me volvió a preguntar por la salud de Teillier y por su poesía. Ya salió la antología que hice de Gabriela Mistral, me dijo con entusiasmo. Su espíritu es el mismo espíritu de José Martí, con algunos versos memorables; su prosa es como la respiración del continente americano. ¿Dónde está Neruda, aún permanece en París? Recuerdo que intercambiamos algunos libros. Yo le obsequié mi poemario *La conspiración* (Editorial Universitaria, Chile, 1971) y mi volumen de cuentos *La crujidera de la viuda* (Siglo XXI, México, 1971). Él me regaló su *Muestrario del mundo o libro de las maravillas de Boloña* (Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Serie Contemporáneos, 1969) y *Versiones* (Unión de Escritores y Artistas de Cuba, Serie Contemporáneos, 1970). De este último, deseo recordar el poema en prosa "La nariz":

La nariz está henchida de tiniebla, la dolorosa nariz del hombre.

Su forma es tan grotesca que reventaríamos si pudiésemos contemplarla. ¡Ah de su gruesa piel, ah de la dolorosa nariz del hombre!

Pero está henchida de tiniebla, es rica en tinieblas, abastada de tinieblas como la noche. Como el aliento mismo, como la noche.

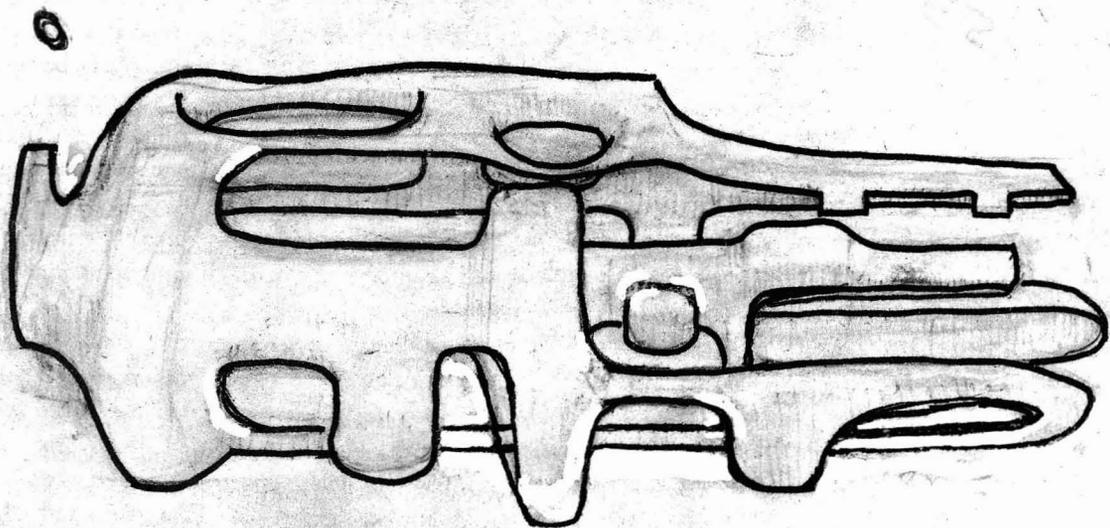
Así es de tenebrosa la doliente nariz del hombre.

Creo que este texto, como toda su obra, constituye un buen ejemplo de aquella escritura que siempre está ocupándose —con humor, sabiduría y dolor— de nuestra condición humana. Los miembros del jurado que le concedió el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1993, establecen en su acta:

Después de haber examinado los 195 candidatos propuestos para el Premio correspondiente a este año, decidimos, por unanimidad, otorgar el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo 1993, al poeta cubano Eliseo Diego, en razón de haber logrado, a partir de una visión íntima de lo cotidiano, una trascendencia universal, y por su permanente dedicación a la creación literaria.

De lo íntimo a lo planetario. ¿Cómo? Escuchando *atentamente*, desde el fondo, las contradicciones de la naturaleza humana: nuestra grandeza y nuestra miseria, el júbilo y la melancolía, la eternidad del olvido, la más antigua eternidad de la memoria. El sentimiento de orfandad original (César Vallejo no deja de resucitar a cada instante, en cada impulso del ser y del no ser?, en cada soplo).

Luego vino el exilio y nuestro descubrimiento paulatino del mosaico étnico y cultural que es México. Pasaron catorce años —desde aquel febrero de 1972— y tuve la inmensa alegría de encontrarme nuevamente con Eliseo Diego en San Ildefonso, con motivo del Primer Encuentro de Poetas del Mundo Latino que se celebró en octubre de 1986. Leímos nuestros poemas en el salón El Generalito, y luego en el Teatro de Bellas Artes. Fue un estupendo festival de poesía con la asistencia de un público muy entusiasta. Eliseo me obsequió sus dos últimos libros hasta ese momento: *Entre la dicha y la tiniebla*, antología poética 1949-1985 (Fondo de Cultura Económica, México, 1986), seleccionada por Diego García Elío, quien escribió dos



textos muy lúcidos y muy bellos: la nota preliminar —el ámbito legendario de la infancia—, y la presentación. En un pasaje de esta última, García Elío señala cuáles son *Las cosas de Eliseo*. Veamos algunas de esas cosas:

La luz cubana y la penumbra de Eliseo. La imposibilidad de una mirada total y la noticia del detalle. El ebanista: la propia luz de sus objetos y su relación con Eliseo. Una analogía imaginaria. Los dos sentidos de Eliseo: el auditivo y el visual. El tiempo: “el terrible esplendor de estar vivo”. La angustia: la paz como necesidad. La religión. El grupo *Orígenes* [...] Literatura inglesa y norteamericana: Robert Louis Stevenson, Gilbert Keith Chesterton, Joseph Conrad, Virginia Woolf, Walter de la Mare, Edna St. Vicent Millay, Edgar Allan Poe... Literatura infantil: Andersen [...] Poesía: Vallejo y los místicos. Literatura española: Cervantes, el Arcipreste de Hita, y Don Juan Manuel. El café. El humor literario. Los soldaditos de plomo y las batallas memorables. Su caligrafía: un cuidadoso artesano. Su familia, sus amigos. Arroyo Naranjo: la nostalgia. La muerte: versiones. Su testamento: el tiempo.

Para el editor Diego García Elío, en la escritura del poeta cubano que falleció en México a principios de 1994, palpita el milagro y la magia de cada día. Es un artista real, un poeta del origen y del fin, un espíritu que siempre parecía venir de vuelta, un visionario en lengua española o, mejor dicho, en lengua hispanoamericana. El otro libro que recibí de sus manos fue *Poesía*, compilado por Enrique Sáinz, que reúne toda su obra poética hasta 1983 (Editorial Letras Cubanas, La Habana, 1983). En la contraportada de este volumen de más de cuatrocientas páginas, Eliseo Diego escribe otra de sus claves en unas cuantas líneas:

Los niños, o los señores de la sabiduría, son capaces de ver en cada fragmento del universo todas las cosas juntas y por todos sus costados a un tiempo, de un solo golpe absoluto y satisfactorio. Sospecho que el acto de escribir es casi un testimonio de pobreza: los demás precisamos de una mirada sostenida al máximo de atención posible, y, además, necesitamos comprobar que no hubo engaño, que se vio de veras, y en consecuencia, compartir nuestra visión con *otro*.

En la noche de aquel 18 de octubre de 1986, al abandonar el Palacio de Bellas Artes, Eliseo se refirió con tristeza a los sucesos de Chile. Lo vi algo nervioso y con la voz temblorosa: su caligrafía, aquella vez, fue tan temblorosa como su voz. Tuve el presentimiento de que no se sentía muy bien. Estaba muy delgado y débil, físicamente.

—Ay, Hernán, querido Hernán, qué terrible ha sido todo. ¿Cómo te sientes en México? Supe que estabas aquí, tus amigos lo saben, algunos me han preguntado... ¿Cómo te sientes?

—Ese dolor es casi imborrable —le dije en voz baja—. México ha sido como la casa paterna. Nuestra gratitud es permanente. Yo espero que la angustia y el sufrimiento por lo que ocurrió en Chile vayan desapareciendo poco a poco. En fin. ¿Sólo la eternidad comienza un lunes?

Eliseo me respondió con una sonrisa. Nos dimos un abrazo en silencio. Pensé que me diría algo por aquella eternidad y por aquel lunes, pero permaneció mudo, con la elocuencia misteriosa de una piedra en el camino. Había humedad en sus ojos casi siempre, por lo que recuerdo. ¿Lágrimas de un niño, aquel niño a punto de ser anciano, aquel niño que viene de regreso, siempre?

El 7 de marzo de 1991 asistí a una charla suya en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México. Lo vimos llegar al salón con dificultad, caminando lentamente. Yo te veo muy bien, me dijo con su voz profunda, pero ávida de oxígeno. Vengo a escucharte una vez más, le dije, ¿cómo está la familia? Todos muy bien, me respondió con la sonrisa de siempre. De nuevo apareció la melancolía en sus ojos. Soy yo el que no está muy bien: el tabaco me va matando, paso a paso. Yo pude tomar algunos apuntes, de modo fragmentario, que ahora reproduzco. Eliseo Diego nos dijo:

—Gracias a Dios, la poesía es un fenómeno indefinible. Si alguna vez se logra definir, se habrá acabado la poesía... Detesto, a veces, la palabra Dios; pero no queda más remedio.

—¿Caperucita y el lobo? Declaro mi simpatía inagotable por el lobo. Es infinitamente más simpático, más libre.

—Las muchachas son un milagro de la naturaleza. Dejad que las niñas y las muchachas se acerquen a mí.

—Alguien dijo que una de mis pocas virtudes reside en la brevedad, y es cierto, absolutamente cierto.

—La eternidad, por fin, comienza un lunes... Aún eres demasiado joven para el odio del tiempo. No sé, pero a menudo me equivoco de puras ganas de no equivocarme. Al morirse, como adrede, uno deja de saludarse a sí mismo. Ahhh testarudo...

—En cada poema, todo debe ser necesario. El poema es una criatura que depende de la armonía total de sus elementos: ritmo, pausa, silencio.

—Las palabras son diablillos huidizos. A menudo dicen todo lo opuesto de aquello que queríamos decir. Mucho cuidado con ellas.

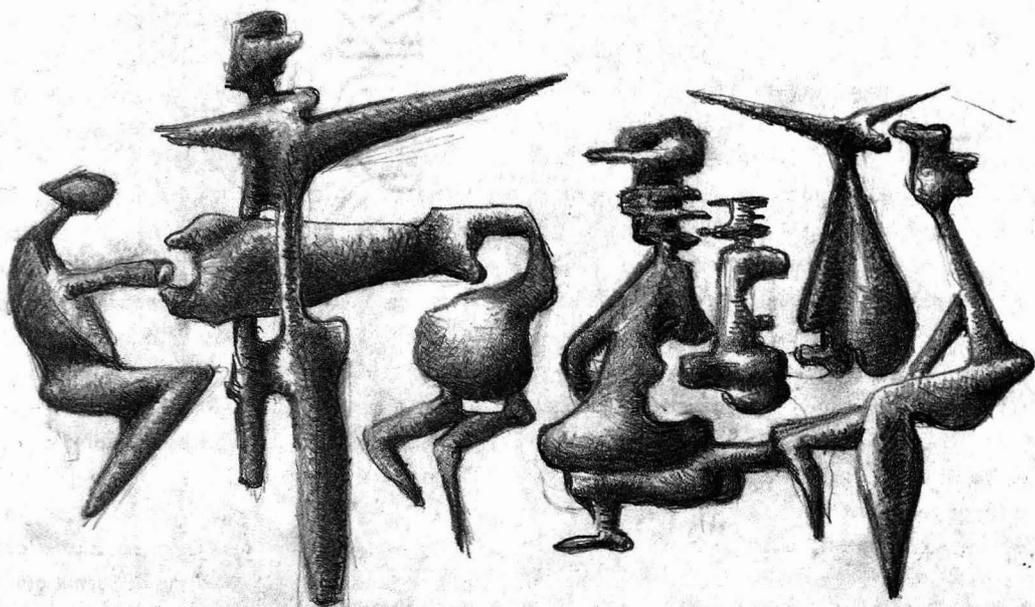
—Uno nunca escribe un poema: es el propio poema el que se escribe, paso a paso, a través de uno. Debemos abrir el camino para que el poema respire por su cuenta y se desarrolle libremente.

—Leer la buena poesía de nuestro idioma es un ejercicio esencial e imposterizable.

Así como el inglés es un idioma muy fluido, el español es casi arquitectónico: es difícil tomarse libertades dentro de su ámbito.

—La rima no debe ser un artificio; cuando sí funciona se convierte en un elemento de significación.

—Hace algún tiempo se publicó mi libro *Inventario de asombros*. El periódico oficial de Cuba (alusión al *Granma*, del Partido Comunista), que como ustedes saben nunca miente..., publicó el siguiente aviso: “Mañana se hará la presentación del nuevo libro de Eliseo Diego, titulado *Inventario de escombros*.”



El jueves 14 de octubre de 1993 estuve en la inauguración de 50 Años de Poesía, el curso que Eliseo ofreció, coloquialmente, una vez por semana, hasta el 24 de noviembre, y dentro del ciclo de las cátedras extraordinarias Maestros del Exilio Español, en el salón 005 de la Facultad de Filosofía y Letras. Asistí a todo su curso y fue una experiencia inolvidable, desde sus primeras palabras: "Quiero decirles que yo no soy un intelectual, gracias a Dios." Aquel 14 de octubre lo vi con mucho entusiasmo, aunque apoyándose en su bastón y en su pipa. Se sentó junto a una pequeña mesa con un micrófono. Sacó un reloj de bolsillo, un antiguo reloj de plata, y puso una campanita de bronce oscuro sobre la mesa, a los pies del micrófono en alto, una altura leve: "La campanita es para indicarles cuándo debemos salir a recreo", murmuró con una sonrisa amable, de abuelo-poeta-sabio agradecido.

Este reloj sirve como instrumento de defensa. Perteneció a un ferrocarrilero soviético. Si uno echa la vista atrás, aparecen los espacios mágicos. Cuando hemos sido expulsados del Paraíso de la Infancia, debemos luchar porque ese niño no desaparezca. Cúdate, cúdate, para que cuando regreses pueda mirarte a la cara aquel niño que fuiste algún día. Todos los niños son excepcionales: lo que sucede es que no nos damos cuenta. Para mí, todo es un misterio indescifrable, como el hecho de que ustedes estén sentados allí, respirando y observándome. Ahhh la avasallante nostalgia. He aquí el único secreto de la poesía: atender a todo lo que nos rodea, sin descansar y sin precipitarnos. La poesía es una necesidad de todo ser humano, ahora y siempre, aunque no todos tomen conciencia del fenómeno poético. Cuando fuimos niños, todos vivíamos en la poesía. Después vinieron aquellas cosas que nos enturbian y nos divorcian de la infancia,

es decir, de la poesía. Soy un ser de creencias religiosas y, tal vez por ello, pienso de este modo. Algún día, por desgracia, todos perdemos el Paraíso de la Infancia. Algunos tenemos la suerte de conservar vivo a ese niño que alguna vez fuimos, la poesía en la que vivimos. Entonces transcurre el tiempo y surge la nostalgia; tratamos, a veces desesperadamente, de recordar lo perdido, más bien de recobrarlo, a través de las palabras transfiguradas en poesía. La poesía, vuelvo al principio, no es una cosa literaria; tampoco es un privilegio de unos cuantos: palpita en el corazón de todo ser humano y nunca será un lujo. Todos, en el fondo, somos poetas. Con el solo hecho de vivir, o de sobrevivir, se hace poesía. Hoy me siento bien, aunque algo perturbado: presiento que pronto no nos veremos más. Aquí les dejo esto: el arte es algo muy serio, construido con inteligencia, filosofía y humor, sin duda, pero algo muy serio, lo cual no significa que sea solemne. Es una gran necesidad de nuestra especie y debemos prepararnos para ello. Las verdaderas obras de arte se hacen con sufrimiento y alegría: lo demás es virtuosismo y no vale la pena. Cuando ustedes escriban un poema, estén siempre atentos a decir lo necesario, únicamente lo necesario e imprescindible: dejen todo lo demás afuera, aunque les guste. Vayan aprendiendo a cortar, a pulir, a podar. Si la rima no es necesaria, afuera; si la métrica no es fundamental, afuera. Soy un creyente, como ya dije, y creo mucho en los poderes secretos de la poesía, pero tengo muy pocas ilusiones en los seres humanos. Cuántas atrocidades se han cometido en estos días: los mismos romanos de la antigüedad se hubieran conmovido. Me parece que estamos asesinando a nuestra Madre Tierra. Sin embargo, aún tengo esperanza de que ustedes, los jóvenes, sabrán sobreponerse a las fuerzas del mal. Mediten en los milagros del tiempo y del espacio, y escriban con intensidad, desde el fondo del alma, como cuando una mujer va a parir un hijo,

le va a dar luz a un niño que tendrá la posibilidad o la virtud de recordarlo todo nuevamente, algún día. Sólo las empresas imposibles merecen la pena. De pronto me piden que hable un poco más oscuramente. Entonces, desde la profundidad de lo oscuro, yo les pido que me ayuden, transformando mis palabras en imágenes. Ahí tienen la misteriosa oscuridad de las hormigas: ellas van y vienen, infatigables, y nunca sabremos cuál es la causa original de tanto movimiento. Creo que el arte no es más que uno: la Poesía, sí, la Poesía con mayúscula. Los otros géneros literarios vinieron después. Ante el misterio engañoso del tiempo está el misterio engañoso del espacio. La poesía, como el amor, es ir lejos, más allá, muy lejos; es el más allá del lenguaje: una ventana abierta al universo absoluto, una apremiante necesidad del espíritu. Estoy de acuerdo con William Shakespeare, para quien la poesía era un fenómeno casi sagrado. Pienso que el talento de este gran poeta era más bien ofensivo, casi ofensivo: un talento de la imaginación y de la reflexión, un filósofo lleno de humor, la tentación de la tragedia, y el poderío verbal ilimitado. El gran filósofo enriquecido por la pasión de los sueños, aquel infinito mar de los sueños. Y a través de los sueños tocamos nuevamente la infancia. De niño, se los confieso, yo era mucho más simpático e inteligente de lo que soy ahora. Me fui dando cuenta de ello, poco a poco, a través de la poesía, el arte de las palabras que nos enseñan a vivir... Ojalá que todo, en el reino de la poesía, fuera sustantivo y lleno de esencia original, de pura médula. Eso me lo enseñó César Vallejo, aquel enorme poeta que tanto me ha influenciado. En Vallejo, casi todo es medular y muy intenso. Se trata de un poeta que siempre habitó en la substancia, y dicha substancia se va articulando a través del vuelo poético de las moscas de Dios, aquellas preposiciones, conjunciones e interjecciones: los imprescindibles nexos oracionales. Dijimos que la poesía ayuda a vivir o a sobrevivir. Creo que uno puede escapar del terror de vivir, ocupándose de los demás. No hay otra alternativa: ocupándonos de los demás, tal vez estemos resucitando a cada instante. En fin, la vida es un misterio, aquella sed de lo perdido.

En su clase del 10 de noviembre, y antes de leer en voz alta, apenas, el poema "Palabras escritas en la arena por un inocente", de Gastón Baquero, "el más grande poeta de Cuba que aún vive exiliado en Madrid", Eliseo Diego nos dijo: "Hoy no me siento bien y no he podido premeditar mis improvisaciones." Sonreí sin poder ocultar mi melancolía. Una semana antes habíamos estado hablando sobre la mejor estrategia para preparar una clase. Le dije que yo utilizaba la técnica de la improvisación más o menos premeditada. Le gustó mucho la idea y me dijo que él también la aplicaría cuando fuese necesario. Nos reímos un buen rato, premeditando lo improvisable. Ahora recuerdo que su lectura del poema de Baquero cayó sobre nosotros con toda su verticalidad:

Yo no sé escribir y soy un inocente.

Nunca he sabido para qué sirve la escritura y soy un
[inocente.

No sé escribir, mi alma no sabe otra cosa que estar viva.
Va y viene entre los hombres respirando y existiendo.
Voy y vengo entre los hombres y represento seriamente
[el papel que ellos quieren:
Ignorante, orador, astrónomo, jardinero.

Se trata de una larga composición poética dividida en diez fragmentos, pero Eliseo no pudo ir más allá de las primeras líneas: el llanto y el dolor inconsolable aparecieron en sus ojos, un llanto que parecía venir de aquellos años juveniles en La Habana, cuando Baquero y Diego eran amigos entrañables. "Recoja sus manos de inocente sobre la playa. / No escriba. No exista. No piense. / Ame usted si lo desea, ¿a quién le importa nada?" Eliseo habló, balbuceó, a través de su memoria:

Encontré a Gastón Baquero en España por casualidad, hace algunos años. Entonces me di cuenta que habíamos perdido cuarenta años en silencio, sin poder vernos, sin hablarnos. Cuando era joven parecía un príncipe africano. Fue terrible. Les pido disculpas por haberme puesto a llorar en público, pero no me siento bien. Yo soy un latinoamericano y me queda el consuelo de que los latinoamericanos somos muy sentimentales.

Sentí que sus lágrimas significaban mucho: su vida apagándose, el destino doloroso de Cuba, los exilios, los sueños, el país de nunca jamás, la infancia convertida en un país evanescente, y la paulatina desilusión. "En cuanto a las ideas, mis amigos, no estoy seguro de nada..."

Volví a verlo durante la ceremonia del 27 de noviembre, cuando recibió el Premio Juan Rulfo 1993 en la Feria Internacional del Libro, que organiza la Universidad de Guadalajara. Creo que fueron días inolvidables para Eliseo Diego, su familia y sus amigos. El miércoles 1 de diciembre fue el último día que nos vimos. Te veo en la Ciudad de México, le dije en un abrazo: yo también sospecho que la eternidad, como tú dices, por fin comienza un lunes. Me respondió, casi ausente, con aquella sonrisa que parecía venir de muy lejos, con humor y tristeza: una sonrisa de niño perdido en el sueño, una sonrisa casi póstuma. Aún me dicen, un año después, más de un año después, que Eliseo Diego ha muerto, que se murió de improviso y en la penumbra, sin darse cuenta, mientras soñaba. No es verdad, les digo con desdén, eso no es verdad. Dicen algunos que se olvidó de respirar dentro del sueño, o, más bien, que fue abandonado por la respiración divina mientras soñaba. Cosa de un minuto, de menos de un minuto. No lo sé, quién sabe, todavía no lo creo: su muerte no aparece, aquella sombra, y su voz está viva. La gente dice tantas cosas. Sea como fuere, él seguirá soñando con nosotros, desde el espacio infinito, y por nosotros. Que siga soñando en paz, Eliseo Diego, aquel niño que fue, que es, que somos: ese niño interminable, de sabiduría bondadosa. Un poeta no muere. Soplo de Dios, prodigiosamente resucita en un acto de magia indeleble. ♦